

Biblioteca de   
textos socialistas  
num. 14  
editorial ayuso

# KROPOTKIN

---

# PANFLETOS REVOLUCIO- NARIOS

Edición de  
JOSE ALVAREZ  
JUNCO



Biblioteca de textos socialistas, dirigida por Juan J. Trías Vejarano, Antonio  
Elorza y Manuel Pérez Ledesma  
Cubierta de César Bobis

Editorial Ayuso.  
San Bernardo, 34. Madrid, 1977.  
I. S. B. N.: 84-336-0138-5.  
Depósito legal: M. 41.238-1977.  
Impreso en España - Printed in Spain.  
Impreso en: Técnicas Gráficas, S. L.  
Las Matas, 5. Madrid-29.

## INDICE

Introducción, José Alvarez Junco.....	9
A los jóvenes.....	31
La guerra.....	53
El gobierno representativo.....	59
La ley y la autoridad.....	89
La expropiación.....	107
El gobierno revolucionario.....	127
Las prisiones.....	139
El salariado.....	161
La moral anarquista.....	177
El Estado.....	209
La ciencia moderna y el anarquismo.....	247
Kropotkin y la Revolución rusa.....	291
I. <i>Entrevista con Lenin</i> .....	292
II. <i>Carta a Lenin</i> .....	298
III. <i>Segunda carta a Lenin</i> .....	300
IV. <i>Carta a Georges Brandes</i> .....	302
V. <i>Carta a los trabajadores de Europa Occidental</i> .....	304

## INTRODUCCION

Pedro Alekseievich Kropotkin nació en Moscú en 1842, en el seno de la familia principesca de los Smolensk, siendo su padre general del zar Nicolás I Romanov. Este mismo zar le distinguiría, a los ocho años, entre los hijos de la alta nobleza, eligiéndole para su «Cuerpo de Pajes», la más selecta institución militar del régimen. Tras unos años de formación con tutores privados (alguno de los cuales, liberal, le hizo leer a Gogol, Pushkin e incluso los primeros escritos de Herzen), ingresó en 1857 en la academia militar de San Petersburgo. Por haber obtenido el número uno de su promoción, el brillante oficial Kropotkin no solo completó en 1862 su último año como paje personal del nuevo zar Alejandro II, sino que tuvo a continuación la posibilidad de elegir cualquier destino. Pero, interesado ya por los temas científicos y sociales, antepuso a los puestos más codiciados un oscuro regimiento cosaco de Siberia oriental, desde el que esperaba poder colaborar en las reformas liberales que se prometían con Alejandro II después de su abolición de la servidumbre (en 1866).

Allí inició Kropotkin las exploraciones geográficas por el río Amur y sus artículos sobre la reforma de las prisiones. El contacto con los liberales desterrados (como el poeta Nikhailov, que le hizo leer a Proudhon) y la observación de las terribles condiciones de vida de los condenados a trabajos forzados (entre ellos, los polacos deportados en masa tras la insurrección del 63) fueron completando su alejamiento del régimen zarista. En 1867, tras ser testigo impotente de las ejecuciones de algunos presos polacos sublevados, abandonó definitivamente la carrera militar para regresar a San Petersburgo y completar sus estudios científicos en la Universidad. Entre 1868 y 1871 continuó sus expediciones geográficas y geológicas, y fue elegido

primero miembro y luego secretario de la Academia Geográfica Rusa.

En 1872, después de viajar a Suiza y Bélgica y trabar contacto con la sección (bakuninista) de la Asociación Internacional de los Trabajadores del primero de estos países, Kropotkin se proclamó anarquista. A su regreso a Rusia militó activamente como revolucionario en el círculo *narodniki* (populista) Chaikovski, de San Petersburgo, círculo todavía pacifista para el que Kropotkin escribió su primer panfleto revolucionario. Pese a utilizar la personalidad ficticia del campesino Borodin, combinada con el mantenimiento de su vida académica —por la que iba perdiendo interés de día en día—, Kropotkin fue arrestado y encarcelado en la fortaleza Pedro y Pablo, de San Petersburgo, donde pasó dos años. En 1876, enfermo, fue trasladado al hospital militar de la ciudad, del que consiguió escapar en forma novelesca, según describe en sus *Memorias de un revolucionario*, llegando a Inglaterra en agosto de ese mismo año. No habría de regresar a Rusia hasta cuarenta años después, tras la revolución bolchevique.

A partir de 1877, instalado en Suiza, donde acababa de morir Bakunin, Kropotkin se convirtió en la figura más destacada de la Federación del Jura, cuyo *Boletín* constituía el centro del anarquismo internacional, y alrededor del cual bullían los exiliados de los demás países. En 1879 Kropotkin fundó *Le Révolté*, en Ginebra, seguido en 1881 por *La Révolte*, en París, los periódicos de mayor influencia sobre el movimiento en aquellos años de oscuridad y represión, y cuyos principales artículos compondrían el primer libro político del revolucionario ruso, *Paroles d'un Révolté* (1885). Durante estos años, Kropotkin, aparte de casarse con Sofía Ananeva, hija de un exiliado polaco, vivió su máximo activismo político: asistió a los Congresos de Verviers en 1877 y de Londres en 1881 (el de la «Internacional Negra», que aprobó el uso de tácticas terroristas), fue expulsado de Suiza, evitó detenciones con escapadas en el último minuto y fue finalmente arrestado y juzgado en Lyon en 1883, por «actividades anarquistas». Durante esta segunda estancia en las cárceles, Kropotkin pudo organizar clases entre los prisioneros, escribir artículos para revistas como la *Nineteenth Century* y el término «anarquismo» para la *Enciclopedia Británica*, y colaborar en la *Geografía Universal* del otro gran geógrafo anarquista, Eliseo Réclus. De la sentencia inicial de cinco años sólo habría de cumplir tres, en Clairvaux, gra-

cias a la campaña de los más prominentes intelectuales liberales franceses e ingleses, entre ellos Víctor Hugo y Ernest Renan, quien puso a disposición del prisionero su biblioteca.

A partir de 1886, en que Kropotkin resolvió trasladarse a Inglaterra, transcurrirían treinta años más sosegados, dedicado a la investigación científica y la producción teórica sobre los temas más importantes de la filosofía libertaria. Poco a poco se fue convirtiendo en un respetable patriarca del anarquismo, moderando —en contacto con el futuro laborismo inglés— sus puntos de vista, alejándose de la acción, aunque sin condenar nunca las acciones de sus correligionarios, incluidas las terroristas más exaltadas e incompatibles con su forma de ser. Fue desarrollando, en artículos (a partir de 1890) y más tarde como libro (1902), su teoría sobre la «mutual aid» (traducida clásicamente al castellano como «ayuda mutua» o «apoyo mutuo», aunque en versión más libre y más exacta sería la «solidaridad»), principio que considera fundamental tanto en biología como en política; y publicó también en esos años el resto de sus obras más importantes: *En las prisiones francesas y rusas* (1887), *La conquista del pan* (1892), *Memorias de un revolucionario* (1898), *Campos, fábricas y talleres* (1899), *El Estado* (1903), *La Gran Revolución Francesa* (1909) y *La ciencia moderna y el anarquismo* (1913).

Dos acontecimientos irrumpirían en la placidez de los últimos años de vida de Kropotkin: el primero de ellos, la Guerra Mundial, en la que el sabio ruso abandonó —como los socialistas de la II Internacional— la posición maximalista que condenaba la guerra en su conjunto como producto del imperialismo capitalista y se pronunció, en cambio, a favor de las democracias liberales aliadas y contra el militarismo y el autocratismo de los Imperios centrales. Su postura produjo confusión y divisiones entre las filas anarquistas: el propio Kropotkin, desde la Inglaterra inflamada en patriotismo, había condenado la guerra anglo-boer y más tarde la ruso-japonesa, defendiendo la lucha activa de los trabajadores contra estos conflictos, ajenos a sus intereses. Esos mismos eran los argumentos que utilizaba contra él Malatesta en 1914, a la cabeza de los que no veían ventaja alguna en una victoria anglo-francesa, aunque, como él mismo reconoció, enfrentarse a Kropotkin fue uno de los momentos más penosos de su vida.

No había terminado aún la Guerra Mundial cuando sur-

gía el segundo gran acontecimiento para el anciano Kropotkin: una revolución, liberal primero y socialista más tarde, en su propio país. El patriarca del anarquismo se apresuró a realizar un sonado regreso e intervenir públicamente en favor de la naciente república, continuando su campaña germanófoba y adoptando, ante la nueva dictadura «del proletariado», una matizada actitud de apoyo y crítica: en todo caso, su figura era ya tan respetada y la situación rusa todavía tan viva y heterogénea que, hasta su muerte, pudo actuar con bastante libertad: tras rechazar por razones de salud un puesto de profesor de geografía en la Universidad de Moscú, colaboró en la organización de cooperativas en la zona de Dmitrov, tuvo relación por correspondencia y en persona con Lenin y publicó en el extranjero algunos escritos sobre las difíciles perspectivas de la revolución y la actitud que ante ella debía adoptar el movimiento obrero de otros países. Su entierro, en 1921, dio lugar a una impresionante manifestación de homenaje por parte de muy diversas facciones revolucionarias. Por las calles de Moscú ondearon, por última vez, las banderas rojinegras de los libertarios.

\* \* \*

Como tipo humano, el príncipe ruso Kropotkin podría compararse al obrero tipógrafo español Anselmo Lorenzo: hombre amable, estudioso, un poco infantil, dulce y con tendencia incluso a la moderación en sus opiniones. Pese a su defensa teórica del terrorismo revolucionario, está fuera de duda el que lo ejerciera alguna vez, y es fácil adivinar por sus escritos que temperamentalmente le repugnaba todo enfrentamiento violento. Frente a la desbordante vitalidad de Bakunin, físicamente gigantesco, sensual, bebedor voraz y charlatán impenitente, Kropotkin era más bien morigerado de costumbres, rígido en los principios y con ribetes puritanos; uno de los típicos «santos laicos» de la izquierda irreligiosa (¿y quién llamaría «santo», ni laico ni eclesiástico, a Bakunin?). Y desde el punto de vista intelectual, en vez de escritos largos, desordenados, poco aptos para la propaganda, aunque salpicados de intuiciones sugestivas, como eran los de Bakunin, Kropotkin tiene un estilo claro, ordenado, ilustrado constantemente con vívidos ejemplos, con argumentaciones cortas y bien tramadas.

Kropotkin fue un teórico y no un hombre de acción. Su paso por las cárceles no expresó más que el miedo del poder hacia el pensamiento, y no una implicación personal real en conspiraciones o en barricadas. La dedicación de Kropotkin a las actividades conspiratorias e incluso su participación en cualquier tipo de grupos u organizaciones revolucionarias fue mucho menor que la de Bakunin (lo que él realmente hizo fue publicar periódicos anarquistas, artículos en la prensa «burguesa» o libros), lo cual confirma, en primer lugar, su gusto por la discusión y el razonamiento más que por la acción. Pero es indicativo también, sobre todo si se tiene en cuenta que su personalidad dominó completamente la escena libertaria durante los años ochenta, de que su «liderazgo» era más auténticamente «anarquista» que el de Bakunin, es decir, que influía sobre sus compañeros sólo a partir de su «autoridad» moral, de su prestigio personal y de la fuerza de sus argumentaciones. Auténtico anarquismo que se ratifica también por su ideal táctico (quizá precisamente por ser más teórico puede ser más puro), pues siempre mostró mayor enemistad que Bakunin respecto a la acción de las minorías revolucionarias y sus conspiraciones, y elaboró con más cuidado que éste toda una teoría de la acción popular y de la sustitución del poder político por la federación de comunas populares.

Aunque en nuestro país Kropotkin fue más leído y difundido que Bakunin, en la historia del pensamiento anarquista Kropotkin ocupa, si puede hablarse así, el segundo lugar, tanto cronológicamente como en importancia, con relación a Bakunin. Este había inspirado las características tácticas libertarias y los aspectos críticos del poder y de las actuaciones revolucionarias tradicionales. Kropotkin elaboraría más bien los aspectos «constructivos» del anarquismo, intentando encontrar en la «ayuda mutua» el principio en que fundamentarle «científicamente». Frente al «destruam et aedificabo» de Bakunin, Kropotkin parte de la necesidad de preparar previamente el plan o proyecto de lo que se piensa construir tras la destrucción. E intenta elaborar toda una teoría de las relaciones sociales sobre el principio de la libertad: sin duda, lo que más le interesa —como a todo el socialismo— son los aspectos económicos de la revolución, y por eso insiste una y otra vez sobre la organización de comunas libertarias que habrán de sustituir a la actual propiedad privada, organización que no había sido sino esbozada (y sólo para el periodo inmediatamente postrevolu-

cionario) por Bakunin y su *alter-ego* Guillaume. Pero a la alteración de las relaciones económicas añade Kropotkin, de forma bastante sistemática, el ataque a todos los demás aspectos opresivos de las relaciones humanas: critica el poder establecido, monárquico o democrático, los partidos revolucionarios autoritarios o posibilistas, el militarismo, las guerras y las prisiones, la moral social represiva, etc. (a decir verdad sólo puede imputársele un cierto relegamiento del tema de las relaciones sexuales y la situación de inferioridad de la mujer, que otros anarquistas estaban ya incluyendo en ese momento). Con razón se ha escrito que Kropotkin saca el anarquismo del terreno táctico, en que genialmente lo había definido Bakunin, y lo reinserta en la historia de la utopía. Y, desgraciadamente, toda su teorización «utópica» y «positiva» sobre las comunas federadas, pese a sus pretensiones científicas, resulta hoy más ingenua, o más superada históricamente, que la pura negación instintiva del poder que caracterizó a su gran predecesor.

\* \* \*

El punto de partida de la teoría kropotkiniana es no sólo similar al de Bakunin, sino también idéntico al del positivismo de un Augusto Comte, que pronto iba a convertirse en ideología semioficial de la sociedad burguesa: que las relaciones humanas pueden estudiarse con los mismos métodos de las ciencias naturales (y por consiguiente que el anarquismo, en tanto que teoría de las relaciones sociales, es parte de las ciencias naturales). Kropotkin había sufrido, como todos los revolucionarios, el impacto del espectacular progreso científico y técnico que venía de finales del siglo XVIII, pero para él la última novedad no era ya el positivismo, como para la generación anterior, sino el evolucionismo darwiniano. Aunque, como científico que era, se interesaba genuinamente por estos avances, lo que de verdad le apasionaba era la libertad política, y todo su planteamiento científico está al servicio de ella. Al igual que los antiguos epicúreos, Kropotkin pensaba que el conocimiento es la fuente de la bondad y la felicidad, que la ciencia es liberadora porque elimina, con sus explicaciones sobre el origen y el funcionamiento del mundo, a los dioses, y que el temor a los dioses es el soporte ideológico más importante de la opresión política y de la infelicidad personal. Y de ahí

que la ciencia no interese en sí misma sino en la medida en que contribuye a esta tarea de zapa de la visión religiosa; su función, de algún modo, es mítica: no importa conocer sus explicaciones, sino sólo saber que *hay explicaciones* científicas que derriban las leyendas religiosas con que nuestros opresores justifican la sociedad actual. Y las apariciones de la Ciencia como mito —especialmente la «estadística», cuyo prestigio entre los revolucionarios decimonónicos sorprendería a muchos de sus estudiantes actuales— son constantes en Kropotkin: «está probado por la estadística» (*Palabras de un rebelde*, Sempere, pág. 178); son hechos «probados por muchos volúmenes de estadística» (*La expropiación*, v. *infra*, pág. 114), es una coletilla siempre inconcreta pero contundente; hasta la moral anarquista se presenta como «una ciencia, una simple recopilación y análisis de hechos» (*La moral anarquista*, v. *infra*, pág. 208). No importa si nos dice cosas inexactas, como que hoy ya se conoce la composición química de las estrellas (*La ciencia moderna y el anarquismo*, v. *infra*, pág. 257); o que, a pesar de su afición a la estadística, se equivoque en una simplísima operación de multiplicar al poner un ejemplo (*El salariado*, v. *infra*, página 165, línea 13; son ochenta, no ocho). Lo importante es el efecto contundente de las aseveraciones «avaladas por la ciencia» en los campesinos o proletarios iletrados que, tras oír las, dejaban de ir a misa. Pero hay un tema, al menos, en que el interés auténticamente científico de Kropotkin domina sobre cualquier idealización revolucionaria: la firmeza con que defiende el método experimental, analítico-inductivo, procedente de Bacon. Pasada una primera época, la de *A los jóvenes*, en que parece propugnar una repulsa global del mundo burgués que incluye un vago proyecto de reelaboración, según criterios «revolucionarios», de las ciencias físico-naturales, más tarde Kropotkin intentará fundamentar toda su teoría sobre una fe verdaderamente ciega en el método de las ciencias naturales y descartará, por ejemplo, con desprecio e ironía, invenciones como el «método dialéctico» —especialmente aplicado al mundo fisiconatural—, al que califica de «el idealismo de Marx».

A partir de estas declaraciones metodológicas y de principios, Kropotkin elabora su proyecto social comunitario y anarquista. Por encima de todo, comunitario, pues nadie en el anarquismo internacional (en el español, podría citarse a Salvochea, o al propio Lorenzo) se ha opuesto más re-

sultamente que él al individualismo de la línea Stirner-Tucker-Nietzsche. Un comunitarismo que no se basa exactamente en explicaciones científicas (económicas, por ejemplo, como en Marx) ni racionalismos abstractos (los derechos naturales, la libertad, como en Proudhon o Bakunin), sino en una argumentación de una lógica perfectamente comprensible para sociedades o capas sociales económicamente menos opulentas: el capitalismo puede tener méritos o defectos como sistema de producción, de distribución, de trabajo, pero tiene el fallo fundamental de que no parte del estudio y el planteamiento de las *necesidades sociales*, supremos objetivos a los que debe subordinarse todo lo demás. Una vez organizada la producción al servicio de estas necesidades (y no de la realización individual, ni de la libre competencia, etc.), el individualismo tampoco tiene cabida a la hora del reparto de lo producido: en primer lugar, porque, aparte de todos los argumentos clásicos a favor de la comunidad originaria de bienes, dada la complejidad del proceso productivo moderno, con la acumulación de saberes heredados de generaciones anteriores a los que se suman hoy esfuerzos individuales múltiples y combinados, es imposible medir, como quisieran los individualistas, la contribución de cada persona y retribuirle con arreglo a la misma; en segundo lugar, porque Kropotkin cree firmemente que tales mediciones y estrecheces serán innecesarias gracias a la abundancia que ya hoy —y mucho más en el futuro— hacen posible los avances técnicos y científicos en cuya eficacia liberadora tanto confía.

De ahí que nuestro autor elabore un proyecto de los más generosos, libres y completos que registra la historia de la utopía. El trabajo será voluntario, breve y de carácter no penoso, y sin embargo la abundancia de lo producido permitirá a cada cual utilizarlo con la máxima liberalidad: «De cada cual según sus fuerzas, a cada cual según sus necesidades». Un hermoso proyecto en cuyo origen remoto está Fourier, como ocurre con frecuencia en el anarquismo, e incluso en el marxismo, aunque su nombre suela olvidarse: así, Kropotkin quiere combinar industria y agricultura, insiste en una reforma educativa que prepare a la vez para el trabajo manual y el intelectual, cree en la posibilidad de armonizar las «pasiones» individuales contrapuestas, canalizando o utilizando socialmente las violentas o destructivas...

Este plan kropotkiniano, que pasó a llamarse más tarde

«comunismo libertario», tuvo que vencer serias resistencias entre los anarquistas, atraídos hasta el momento por el programa «colectivista» que habían esbozado Bakunin y Guillaume: el colectivismo, menos optimista en cuanto a la abundancia de la sociedad socialista y más en cuanto a la posibilidad de distinguir la aportación de cada individuo al proceso productivo, se atenía al lema «a cada cual según su trabajo», lo que tendía a excluir a los holgazanes o privilegiados del goce de los bienes sociales, pero implicaba, como los kropotkinianos observaban, la exclusión también de los imposibilitados de trabajar por razones de edad o salud, y sobre todo significaba el establecimiento de un control o autoridad que definiese cuál era la contribución de cada individuo; todo ello difícil de aceptar para un espíritu libertario y obviado en el plan de Kropotkin. No es de extrañar, por tanto, que el comunismo libertario acabase imponiéndose sobre el colectivismo bakuninista, no sin duras batallas ideológicas, escisiones y denuncias que cubrieron los últimos años setenta y los primeros ochenta (en España, un poco más tarde; aunque aquí también triunfó el comunismo libertario, contra lo que dice George Woodcock en su conocida obra *Anarchism*, Penguin, 1962, pág. 189; ver *La ideología política del anarquismo español, 1868-1910*, Madrid, Siglo XXI, 1976, págs. 358-368).

Desgraciadamente, Kropotkin necesita constantes apoyos para sustentar una propuesta política que por sí sola sería suficientemente atractiva como para ser tomada en consideración. E igual que tiene que asegurarnos que su planteamiento es «científico», necesita también decirnos que es «natural». Un nuevo mito, el del «estado de naturaleza», la vieja «edad de oro» de los clásicos, cuya certidumbre Kropotkin certifica más que ningún otro pensador libertario y en el que nos promete, como cualquier religión, reingresar. Son las comunas europeas de los siglos XI y XII verdaderos paraísos terrenales, tal como las ve el revolucionario ruso: en ellas reinaba la solidaridad, las disputas se resolvían por arbitraje, los individuos se asociaban para lograr los objetivos comunes en gremios y hermandades que a su vez se federaban en unidades más amplias, las ofensas se resolvían por compensación, «llegando frecuentemente el agresor a acabar adoptado por la familia de la víctima» pues «das sociedades de entonces, considerando el crimen como un accidente o como una desgracia [...] pensaban que la culpa de cada mala acción recaía sobre la sociedad

entera»; (*El Estado*, v. *infra*, pág. 219 y *La ley y la autoridad*, v. *infra*, pág. 101); «la abolición de la pena de muerte, el juicio por jurado para todos los crímenes (el jurado del siglo xii era más liberal que el de hoy), la elección de todos los cargos públicos, el derecho de acusar a los funcionarios, la abolición de los ejércitos permanentes, la libertad de enseñanza, etc., todo esto que nos presentan como invención del liberalismo moderno sólo es un retorno a la libertad que existía antes...» (*La ley y la autoridad*, v. *infra*, pág. 103); con la ventaja de que el sistema era tan perfecto que estaba superada incluso la democracia mayoritaria, pues todas las decisiones se tomaban por unanimidad: «la calle, el barrio, toda la corporación o la ciudad en su conjunto, tomaban las decisiones no por la fuerza de la mayoría, sino discutiendo hasta que los partidarios de una de las dos opiniones terminaban aceptando de grado, aunque sólo fuera como ensayo, la opinión más sólida y defendida por los más y los mejores» (*El gobierno representativo*, v. *infra*, pág. 82). Y el progreso material acompañaba a esta dichosa ordenación política: el bosque salvaje estaba dominado por las ciudades, unidas entre sí por caminos bien construidos y protegidos (*El Estado*, v. *infra*, pág. 218, repitiendo descripciones de *La ayuda mutua*), y las artes y ciencias florecían con un esplendor que, siempre según Kropotkin, no hay invento contemporáneo que no haya sido un desarrollo implícito de los avances de aquellos felices siglos.

Es conocida la necesidad que los pensadores políticos sienten de presentarnos la situación para ellos modélica como realmente existente en el pasado, prueba de que es posible, condición sin la que no se sienten legitimados para criticar la situación real actual. Y en la historia del pensamiento político de Occidente, el mito del buen salvaje ha sido una de las constantes, interpretada, sin duda, en sentidos muy diversos. En Kropotkin, pese a su fe en la ciencia y el progreso, la manía primitivista llega a extremos formidables: no contento con justificar que en la Edad de Piedra las familias, para no perecer de hambre, se comieran a sus miembros más débiles o ancianos, añade que «las poblaciones de Oceanía están siendo presa del escorbuto desde que los misioneros han hecho que aquellos seres dejen de comerse a sus parientes y a sus enemigos» (*La moral anarquista*, *Sempere*, pág. 147; suprimido en nuestra edición). Es curioso comparar a Bakunin, que sólo tiene frases despectivas para el *mir* ruso (ver reciente antología *La anarquía*

según Bakunin, por Sam Dolgoff, Barcelona, Tusquets, 1976, página 424), con Kropotkin, para quien el *mir* es la versión rusa y campesina de las comunas medievales; porque no debe olvidarse que la fase comunal no es exclusiva de Occidente ni de Europa, sino que todas las civilizaciones han seguido un desarrollo similar: «cada vez el modelo ha sido el mismo, empezando con la tribu primitiva, siguiendo con la comuna rural, luego la ciudad libre y muriendo finalmente con el advenimiento del Estado» (*El Estado*, v. *infra*, página 246).

En definitiva, lo importante en Kropotkin no es ni su método científico ni su modelo político, extraído de una peculiar filosofía de la historia, sino, en contra probablemente de lo que él creía, sus impulsos morales humanitarios y solidarios. Los escritos de Kropotkin —diferenciándose de nuevo de los de Bakunin— llevan un enorme caudal moralista. Como Tolstoi más tarde, o Turguenev antes, su reacción dolorida ante el sufrimiento y la humillación de los siervos oprimidos por su propia familia constituye el impulso fundamental de su obra y de su personalidad como pensador político. *A los jóvenes* es, en este sentido, el más significativo de sus panfletos, por el predominio de los criterios sentimentales y morales sobre los «científicos»: en la sociedad burguesa no hay la posibilidad de realizarse como profesional, como científico ni como artista; la sociedad burguesa no permite ni siquiera «vivir», sino vegetar; sólo la revolución ofrece un auténtico «ideal», capaz de transmutar la vida, la ciencia y el arte. En otras ocasiones, Kropotkin, como antes Bakunin, se proclama materialista y acusa a la moral religiosa o antigua de explicar las acciones humanas como resultado de la lucha entre lo espiritual y lo material (*La moral anarquista*, v. *infra*, pág. 187). Pero, en definitiva, su insistencia en el poder de las ideas y sus apelaciones morales le traicionan, por encima de cualquier materialismo de fachada; como le traiciona su visión del progreso humano como un proceso no de crecientes tensiones entre clases, fuerzas o estructuras sociales, sino de creciente libertad y enriquecimiento del espíritu humano frente a la ignorancia y los prejuicios, que son la base del privilegio y la opresión (y aquí sí que hereda directamente de Bakunin, para quien progreso significaba «humanización», entendida como dominio de lo racional sobre lo animal).

Kropotkin fue un moralista y realizó además un intere-

sante intento de establecer las bases doctrinales de una moral anarquista, fluctuante entre un «cientifismo» que hacía de ella una mera comprobación de hechos y un «idealismo» nunca claramente confesado que le llevaba a proponer como ideal de conducta la guiada por el sentimiento de solidaridad con nuestros semejantes. A un planteamiento individualista y utilitario bastante superficial (casi contractualista: los hombres se unen porque lo «encuentran más útil» que comerse unos a otros; *La ley y la autoridad*, v. *infra*, pág. 95), le añade las correcciones de Adam Smith (la «simpatía» hacia los semejantes como sentimiento innato) y unos toques vitalistas, tomados expresamente de un filósofo francés casi desconocido hoy, M. J. Guyau, muy acordes con la moda de fin de siglo y con los gustos filosófico-biológicos procedentes de Büchner. Puede sumarse a todo ello algún ingrediente romántico-revolucionario, especialmente en el Kropotkin más joven (las acciones revolucionarias son expresión de vida y a la vez de solidaridad con la especie; de ahí su excelencia y la necesidad de juzgarlas con criterios morales excepcionales; por ejemplo, los actos de los terroristas), y con ello se resume su aportación al tema de la moral, sin duda uno de los escritos kropotkinianos más dignos de leerse hoy que una oleada cientifista (marxista y positivista a la vez), junto con un profundo despego respecto de la moral establecida, ha puesto de moda, como en tiempos de Kropotkin, la proclamación del «inmoralismo» entre quienes se consideran rebeldes o revolucionarios.

\* \* \*

A partir de estos principios, abigarrados y no siempre coherentes, Kropotkin llega a conclusiones y propuestas de indiscutible interés. Baste mencionar, en rápido recuerdo:

a) Sus diatribas contra el proceso de centralización propio de la Edad Moderna y contra el funcionamiento, y aun la existencia, del Estado contemporáneo (v. *El Estado*, capítulos VIII y IX); y, en general, sus exhortaciones a extender la libertad, la iniciativa y la actividad de los grupos privados frente a la acción gubernamental, con lo que Kropotkin se inscribe en la mejor corriente del liberalismo político y proclama, en definitiva, algo que tiene actualidad, sea bajo el nombre de «principio de subsidiariedad», como

ha dicho el humanismo católico, o «autogestión», como los grupos socialistas no estatistas.

b) Sus argumentos, arquetípicamente anarquistas, sobre los peligros que para un partido que se dice revolucionario representa la utilización de los cauces parlamentarios (ver *El Estado*, cap. X, o *El gobierno representativo*); o sobre el peligro de nuevos e incontrolables despotismos si la revolución se realiza por grupos minoritarios y toma la forma de un gobierno dictatorial, aunque se autoproclame popular o proletario (v. *El gobierno revolucionario* o *Las minorías revolucionarias*); o incluso sus curiosas observaciones sobre el triste destino de los pequeños partidos revolucionarios de tipo conspiratorio que, tras haber luchado como ninguno contra la dictadura de signo reaccionario, están destinados a ser relegados para entregar el poder a los oportunistas que se han pronunciado contra la dictadura en el último momento (*El gobierno revolucionario*, v. *infra*, pág. 135).

c) Sus importantes correcciones al darwinismo, en biología, y su repulsa tajante de las vulgarizaciones y aplicaciones simplificadas de esta teoría a los conflictos humanos conocidos bajo el nombre de darwinismo social. Darwin, como es sabido, había explicado la evolución y el progreso de las especies animales a partir de una «lucha por la existencia» en la que eran eliminados los individuos peor dotados y sólo aquellos con caracteres mejor adaptados al medio sobrevivían y los transmitían a sus descendientes; algunos de sus continuadores, como Huxley, subrayaron en términos hobbesianos la idea de lucha entre los seres humanos como factor indispensable para el progreso, justificando solapadamente a las clases dominantes como las «mejor dotadas». Kropotkin se enfrentó a Huxley y añadió en *La ayuda mutua* importantes observaciones a la teoría de Darwin: que las especies animales que viven en comunidad son más numerosas que aquellas en las que la regla es el aislamiento o la enemistad, y que desde luego las primeras son más aptas para la supervivencia; en resumen, que la solidaridad y la igualdad —y no la lucha y las jerarquías— son las leyes biológicas y sociales que están en la base de todo progreso (véase, por ejemplo, *La moral anarquista*, *infra*, págs. 201-203). En cierto modo, esta polémica tocaba niveles metafísicos (sobre si «el hombre» es sociable o no, etc.), discutiendo afirmaciones abstractas imposibles de plantear en términos de mera observación e inducción ni con una perspectiva his-

tórica (pues todo, en definitiva, es «cultural» y nada natural; y en el hombre «cultural» que conocemos se dan tanto los impulsos sociables o solidarios como los egoístas e insociables); pero la intervención de Kropotkin sirvió para rebatir un darwinismo social que no sólo era acientífico y ahistórico, sino que tenía unos claros objetivos conservadores (pues podía llevar, más que al pesimismo freudiano que ve en la represión la base de la cultura, al elitismo, al irracionalismo y al culto a la fuerza propios del fascismo). En todo caso, su argumentación a favor de la importancia de la solidaridad y de su predominio precisamente entre las clases populares más necesitadas de ella y menos contaminadas por los valores individualistas y competitivos propios del capitalismo, conserva hoy todo su atractivo y su vigor.

d) Su flexible planteamiento de la lucha de clases que, pese a considerarse estrictamente socialista y girar alrededor de la propiedad privada, el salariado y la expropiación, no se reduce al esquema burguesía-proletariado, sino que se dirige al «pueblo» o a los jóvenes (comprobando, por ejemplo, que no son las capas trabajadoras más miserables las que se rebelan, sino las que tienen cierto bienestar y cultura, como en *La ley y la autoridad*, v. *infra*, pág. 96), lo cual vuelve a tener interés hoy en que las rígidas líneas de clase en que Marx diseccionó la sociedad europea de su tiempo parecen tornarse cada vez más borrosas y complicadas.

e) Sus simples pero excelentes argumentaciones contra las prisiones o las guerras, de indiscutible validez actual, probablemente no sólo porque Kropotkin sabía expresar en ellas las mejores tendencias humanitarias de nuestra cultura, sino también porque, desviada la atención de los revolucionarios hacia el objetivo central de las tácticas para la conquista del poder y el control desde él de los instrumentos de producción, se han olvidado estos aspectos no estrictamente económicos ni políticos de la opresión, que tanto preocupaban a los radicales de fin de siglo, y se ha permitido que la humanidad permanezca en este terreno anclada en un primitivismo que no es precisamente el idealizado por Kropotkin. *Las prisiones* es, quizá, el mejor de los panfletos insertos en esta antología.

\* \* \*

Menos grato es tener que anotar en esta introducción las insuficiencias o lagunas más evidentes en la obra de Kropot-

kin. Pero es difícil pasar por alto, ante todo, sus contradicciones o confusiones en los aspectos tácticos del movimiento político y, en segundo lugar, aquella ingenua mitificación de lo primitivo de que adolece todo su proyecto político último y a la que antes nos referimos.

Desde el punto de vista de las tácticas no resulta clara, ni mucho menos, su actitud ante las democracias liberales o, en su terminología, los «gobiernos representativos». Descartadas con olímpico desprecio tales formas políticas en algunas ocasiones, en otras son aceptadas como forma progresiva respecto de las autocracias, o se nos dice que la democracia será el sistema vigente en las comunas una vez realizada la revolución social. Los argumentos de Kropotkin contra las formas representativas de gobierno son los típicamente maximalistas de los revolucionarios de signo socialista: el sistema democrático no hace sino encubrir una situación social de desigualdad y opresión de clases, es un «simple instrumento de intrigas, de enriquecimiento personal y de trabas a las iniciativas personales» (*El gobierno representativo*, v. *infra*, pág. 63); el pueblo no ha ganado ningún poder real con el advenimiento de la democracia; la burguesía siempre estaría dispuesta a arrojar por la borda este sistema político si viera que, debido a él, se ponían en peligro sus privilegios de clase (argumentos, en general, de *El gobierno representativo*, resumidos en las primeras páginas de *El salariado*); y los políticos son unos charlatanes corruptos que pretenden solucionar con su varita legisladora todos los problemas, pese a su universal ignorancia (ver divertida sátira en *El gobierno representativo*, *infra*, páginas 77-78). Con este tipo de aseveraciones, Kropotkin parece sumarse a los enterradores del liberalismo (como los prefascistas, aunque desde otra perspectiva; pero léase *El gobierno representativo*, *infra*, pág. 53, cuando, como prueba de lo caduco del sistema democrático liberal, predice la «inminente» desaparición del Parlamento inglés); sin embargo, ni su actitud personal ni otros múltiples textos anarquistas descartan con tanta facilidad los logros de las democracias equiparando éstas a las dictaduras o las monarquías absolutas; por el contrario, los anarquistas suelen declararse partidarios del «progreso» contra la «reacción» y aliarse incluso con los republicanos en la defensa de los derechos del hombre contra el «oscurantismo» clerical o autoritario; «la república más imperfecta es mil veces mejor que la monarquía más sabia», había escrito Bakunin (antología de

S. Dolgoff, cit., pág. 165), y los cenetistas españoles lanzaron todas sus fuerzas a favor de la República asaltada en 1936, como Kropotkin mismo había expresado su apoyo personal a las democracias aliadas en 1914-18.

Tampoco es coherente el análisis de Kropotkin en lo referente al problema de la transición hacia la sociedad socialista. Se limita a considerar que desde el día mismo de la revolución se establecerá la situación ideal, tanto en el aspecto político (desaparición de la autoridad) como en el económico (colectivización de los bienes). No toma en consideración —y ello es frecuente en los anarquistas— la capacidad de resistencia y de perturbación de los sectores contrarrevolucionarios y la posible necesidad de organizar fuerzas «populares», pero represivas, para defender la libertad conquistada, con los problemas y contradicciones que ello conlleva; desde el punto de vista económico, tampoco cree que la toma de posesión por el pueblo del mecanismo productivo pueda originar perturbación o escasez de ningún tipo: por el contrario, con todo su optimismo Kropotkin declara que las necesidades materiales populares deben verse satisfechas en todo momento durante el trance revolucionario (*La expropiación, v. infra*, pág. 123).

Y en cuanto a la descripción de las tácticas revolucionarias concretas, tampoco su análisis es detallado ni los principios resultan nítidos: da la impresión de que «vale todo» y que Kropotkin reacciona, a posteriori, aprobando con entusiasmo o simplemente disculpando las diversas acciones que le toca vivir. Su objetivo más evidente es, desde luego, «dar conciencia» al pueblo, y en este sentido considera inapreciable el valor de la prensa revolucionaria, los panfletos, pasquines, etc. (v. *El espíritu revolucionario*). Pero tampoco se opone a los actos terroristas: en *La moral anarquista (infra*, pág. 196) justifica el homicidio como legítima defensa de quien, por su parte, aceptaría ser castigado con su propia vida si agrediera a otros; y en *El espíritu revolucionario*, en términos más concretos, considera que los actos terroristas individuales «despiertan» a las masas menos concienciadas, que se ven obligadas a plantearse el porqué de aquellos sacrificios y violencias (*Palabras de un rebelde, Semper*, pág. 188). De hecho, Kropotkin no mantuvo una línea única respecto del terrorismo: justificó con toda firmeza el atentado que costó la vida a Alejandro II; disculpó a los asesinos de la emperatriz Isabel de Austria («Sissi») con el argumento de que no eran ellos los culpables, sino la

sociedad que les volvía locos; pero a la vez se opuso siempre al «terror» de los Gobiernos revolucionarios (a la guillotina), diciendo que era necesario extender la idea en vez de matar, y en alguna ocasión condenó también a los activistas que defendían abiertamente los atentados individuales como forma de propaganda (Martin A. Miller, *Kropotkin: Selected Writting on Anarchism and Revolution*, M. I. T., 1970, páginas 22-24).

Para comprender la actitud de Kropotkin ante los métodos revolucionarios hay que recordar que siempre creyó que la revolución socialista estaba a punto de producirse, que el pueblo poseía suficiente conciencia política para ella y que la burguesía era incapaz de evitarla ni por la fuerza ni con una flexibilización de las estructuras sociales. Y la revolución no se produjo en vida de él, al menos con arreglo a sus esquemas: la rusa de 1917 fue de tipo conspiratorio-autoritario, y los partidos «socialistas» que más tarde llegarían al poder en Occidente seguían la vía parlamentaria y reformista que Kropotkin consideraba errónea. De ahí se deduce que se equivocó en cuanto a la inminencia de su revolución, lo cual afectó, sin duda, a toda su visión táctica, pero no que los demás —comunistas y socialdemócratas— acertaran, porque —Kropotkin argüiría— sus «triumfos» no eran auténticas revoluciones populares.

Aparte de aspectos tácticos, todo el planteamiento teórico de Kropotkin se resiente de algo que podría calificarse de residuos románticos o, más exactamente, de la necesidad de creer en un estado ideal posible y existente en el pasado para poder sentirse con legitimidad para atacar el estado real actual. El romanticismo es claro en escritos como *A los jóvenes* o *El espíritu revolucionario*, con sus apelaciones al valor, la audacia, el espíritu de rebeldía o independencia, pero también, y esto es más interesante, en *La moral anarquista*, donde se mezcla con el vitalismo puesto de moda por Nietzsche o Guyau: alusiones al hombre «de corazón» o a la «intensidad» de la vida del revolucionario, vida de la que unas cuantas horas valen más que años de la existencia vegetativa del burgués (*infra*, pág. 183, por ejemplo), y exhortaciones a «ser fuertes» (*ibid.*, pág. 204), ilógicas, porque parece que la fuerza o debilidad debe ser algo que le venga dado a uno por su propia vitalidad orgánica, en cuyo caso no sirve para nada animarle a ser fuerte; pero estos interrogantes se plantean siempre, y tampoco en el marxismo se sabe muy bien si la revolución vendrá inevita-

blemente debido a las contradicciones objetivas y materiales del capitalismo o si el papel jugado por la acción libre y consciente de los individuos será el decisivo para el triunfo del cambio social.

En todo caso, no son estos aspectos del romanticismo kropotkiniano los más significativos, sino los relacionados con su idealización de lo primitivo. En primer lugar, ese estadio que nos propone como ejemplo (el de las comunas medievales), situado en el pasado, se contradice con la teoría del progreso, a la que Kropotkin se adhiere en otras ocasiones: o el espíritu humano avanza desde las tinieblas de la ignorancia y el despotismo hacia la razón y la libertad, y en ese caso la situación de los pueblos primitivos no era envidiable (y así lo dice en *La ley y la autoridad*, por ejemplo, *infra*, pág. 96), o, por el contrario, hubo una época remota mucho más perfecta que la actual (como afirma habitualmente, sobre todo en *El Estado*); y, pasando a ejemplos concretos, es muy discutible que las para él formas de producción colectivas por excelencia, es decir, los gremios, no se opusieran a la introducción de progresos técnicos (como sostiene en *El Estado*, v. *infra*, págs. 225-226). En segundo lugar, los datos en que se basan sus descripciones de aquellas idílicas comunas son ingenuos o, como mínimo, exagerados: como ejemplos, baste recordar que, según Kropotkin, «el trabajo del artesano, y aun el del simple jornalero, estaban remunerados en aquella época por una tarifa que no ha alcanzado en nuestros días ni la élite obrera mejor pagada», y que Florencia, en el siglo xv, poesía «más escuelas y más camas los hospitales comunales que poseen actualmente las ciudades mejor dotadas en este particular» (*El Estado*, *infra*, págs. 225 y 235). En tercer y último lugar, y ésta es la más grave de las objeciones, uno no puede evitar preguntarse por qué se derrumbó tan maravillosa organización (y por qué, si hoy volviéramos a ella, como Kropotkin propone, no habría de derrumbarse de nuevo): si el mundo de las comunas satisfacía tanto a sus habitantes y si a la vez la asociación libre proporciona una fuerza y una seguridad tan incomparables con los demás sistemas, ¿por qué cedió ante el empuje de reyes y clero? Es en cierto modo volver al problema de la teodicea, que tantas sutilezas necesitan los teólogos para responder: Si Dios es bueno y a la vez todopoderoso, ¿por qué domina el mal en el mundo?, ¿cuál fue el origen del mal? Las explicaciones de Kropotkin, en este punto, varían de un escrito

a otro: en *El Estado* lo atribuye a la necesidad de defenderse, que dotó de poder a una minoría guerrera (*infra*, página 219), a la falta de atención hacia los problemas de los campesinos por parte de las comunas urbanas (*ibid.*, página 228) y al anquilosamiento y egoísmo que afectó a los gremios y les hizo no abrir sus privilegios a los oficios menores que iban surgiendo (pág. 230); en *La ley y la autoridad* nos lo explica por las luchas intestinas de las comunas (*infra*, pág. 101) y por los deseos y pasiones egoístas y de dominación existentes en el ser humano junto a los de cooperación y solidaridad (*ibid.*, págs. 95-96); y en *La moral anarquista*, «los enemigos inveterados del pensamiento» logran imponerse, en la historia, «aprovechándose del servilismo de carácter y de pensamiento que previamente han cultivado cuidadosamente, así como de la momentánea desorganización de la sociedad, y explotando la pereza de unos, la codicia de otros, las esperanzas honradas de los terceros...». Explicaciones que pueden aceptarse como convincentes o no, pero que, en cualquier caso, destruyen la eficacia del ejemplo que Kropotkin nos propone como ideal, ya que lo mismo puede ocurrir en el futuro si se vuelve a establecer una sociedad comunitaria y sin autoridad: si los «malos» (grupos, individuos o tendencias dentro del individuo) fueron suficientemente listos o fuertes como para dominar a los «buenos», no hay motivo para ser tan optimista y predicar de nuevo la libertad ilimitada, sino para precaverse contra el resurgimiento de la opresión. Las cosas no pueden plantearse tan sencillamente como lo hace Kropotkin; no ha habido un pasado feliz.

\* \* \*

Kropotkin, en definitiva, fue un espíritu noble y generoso, capaz de superar en asombrosa medida la educación aristocrática y bélica que había recibido; con escasas excepciones, como en el terreno del machismo, en que los prejuicios quizá no son tan fáciles de vencer, y se le escapan con frecuencia inevitables apelaciones a la «virilidad» (*El Estado*, *infra*, pág. 221; *A los jóvenes*, *ibid.*, pág. 34) o referencias a las mujeres siempre como subordinadas (ejemplo de la mujer del inventor en *La moral anarquista*, *infra*, pág. 202, o, en *A los jóvenes*, pág. 47, después de haber recorrido diversos casos de profesiones masculinas para demostrarles la con-

veniencia de la revolución, a las mujeres sólo se le ocurre decirles que piensen «qué carrera tan gloriosa es la del marido que dedica su vida a la gran causa de la emancipación social»). Pero en conjunto nadie puede negar que supo dirigir su mirada y su pensamiento hacia los objetivos de la máxima libertad y felicidad del género humano.

La solidez de su aparato conceptual, sin embargo, es limitada, y la interpretación global de su obra dentro de la historia de las ideas políticas no es, probablemente, la que él se hubiera atribuido.

Pese a sus pretensiones de irrefutabilidad «científica» y de ser un rígido seguidor del método experimental, con planteamientos inductivos y sin preconcepciones, leído hoy parecen primar en su obra los aspectos moralistas y sentimentales; él mismo observó que la abnegación o sacrificio de un individuo por sus semejantes —y no el cálculo de conveniencias egoístas— estaba en la base de los impulsos éticos solidarios que son comunes a las viejas religiones y a los revolucionarios socialistas (*La moral anarquista, infra*, página 203); lo que, al margen de su exactitud, nos revela las cuerdas morales y casi religiosas que Kropotkin estaba tocando. ¿Hace falta decir que éste no es un reproche, que los moralistas son necesarios en la vida social y que quizá si Kropotkin tuviera realmente un lugar en la historia de la filosofía «positiva» estaría mucho más alejado de los ideólogos de la revolución entre los que le colocaron sus exigencias éticas?

En cuanto a sus pretensiones populistas, tampoco se sostienen hoy incólumes —y ésta es probablemente la observación sobre su obra que más le molestaría—. Fue fundamentalmente un teórico del populismo, más que un hombre que viviera cercano al pueblo, pues no tuvo sino limitados contactos con los campesinos rusos y más tarde con los revolucionarios suizos —dudosamente obreros— y los visitantes, de este último tipo, que pasaban por Londres. Idealizó al pueblo, y no sólo por la falta de contactos directos, sino también por necesidad —moral, de nuevo— de contraponerle a la «perversión» burguesa y aristocrática que él conocía, ésa sí, bastante mejor.

Por último, esta relectura de Kropotkin también nos lleva a negar cualquier posible *cliché* —de sus partidarios o de sus enemigos— que le presente como un peligroso o furibundo extremista político. Incluso un escrito como *A los jóvenes*, que comienza negando la posibilidad de cualquier

actividad beneficiosa para la humanidad sin modificar previamente las actuales estructuras sociales, concluye prácticamente recomendando que cada cual cumpla bien sus tareas. Y, en definitiva, dentro de la inconcreción de sus planteamientos tácticos, parece que lo que predomina es la propaganda, la transformación de las mentes por medio de la educación, la cultura y la cooperación de los individuos al margen de la iniciativa y dirección estatales. Todo lo cual, sumado a sus inclinaciones anglosajonas, nos hace terminar acercando a Kropotkin, si no en detalles concretos sí en su actitud general, a un socialismo de tipo laborista o fabiano. Conclusión que no tiene por qué considerarse defraudante.

No es necesario recomendar la lectura de estos escritos, porque se recomiendan por sí solos. Su rasgo unitario, según su autor, es la «vehémenza de la pensée». Apasionamiento, radicalismo, moralismo, lenguaje claro y eficaz, que convirtieron a estas pequeñas obras en las más leídas por el pueblo español a comienzos de nuestro siglo. Solo este dato —indiscutible— avala suficientemente su interés.

JOSÉ ALVAREZ JUNCO